



BAÚL

Fotografía de: Víctor Orozco.



“Mis” árboles

Víctor Orozco

Academia Mexicana de la Historia

ORCID: 0000-0002-6178-0173

EMPIEZO CON UNA DISQUISICIÓN. ¿De dónde provienen los referentes en nuestras vidas? ¿Cómo damos cuenta de las diferentes etapas de la existencia? La respuesta general es que el mundo externo, personas, cosas, animales, acontecimientos, situaciones, van poniendo marcas en el tránsito de los años desde que poseemos conciencia de nosotros mismos, o mejor expresado, a medida que la vamos construyendo y adquiriendo.

Obviamente, estas referencias o puntos en el mapa vital que cada uno va dibujando son cambiantes según las circunstancias personales. Influyen y son determinantes, la familia, el país, la clase social, el entorno con su infinita variedad de posibilidades: rural o urbano, en guerra o en paz, en una u otra comunidad religiosa o en ninguna, el sexo y una infinita lista de etcéteras.

Todavía más, estas referencias están ligadas entre sí, dando lugar a un universo de variantes y posibilidades de las cuales a su vez se derivan suertes y destinos diferentes. Puede pasarse, por ejemplo, una infancia con hambre si se nace indígena en la Sierra Tarahumara y, con seguridad, el adulto guardará en su memoria el día en que pudo por primera vez comer hasta saciarse. El clásico historiador francés Jules Michelet nunca pudo olvidar los insoportables fríos de París cuando le ayudaba a su padre a componer las palabras y los párrafos con los tipos sueltos de la imprenta, sintiendo los dedos tiesos.

Entre todas estas claves, desde luego, las de mayor trascendencia, visibilidad o relevancia, son los contactos con personas. Familiares, amigos, maestros, compañeros, sacerdotes, amantes, se aparecen constantemente a lo largo de nuestras vidas y de uno u otra podemos decir: cambió tal o cual cosa de mi persona, agregando a veces, para bien o para mal.

Sin embargo, los humanos no acapan todo el escenario de referentes en la existencia individual. Los hay de toda clase de catadura, carácter y naturaleza. De



hecho, cada quien cuenta su pasado como lo recuerda y le place, considerando una u otra circunstancia.

Esta vez, pretendo reconstruir algunas imágenes de mi acontecer a partir de los árboles, con los que he estado vinculado desde pequeño y por lazos distintos: del juego, el disfrute, de su sombra, el cobijo para comer y hablar durante horas, de su madera, entre una lista muy larga.

Antes de proseguir, hago una necesaria digresión. Titulé este hilo de remembranzas “Mis” árboles con toda la intención y fuerza que pueden dar las comillas a una palabra, para tomarla con reserva, apartándola de lo que significaría sin estos pequeños signos, que nos ponen en guardia contra malentendidos. En efecto: ¿Quién, en rigor, puede declararse dueño de un árbol? Por principio de cuentas, si este no se topa con una desgracia, seguirá allí cuando muera quien lo plantó y cuando mueran las siguientes tres o cuatro o, en ciertos casos, decenas de generaciones. En realidad, los árboles no nos pertenecen, como nada de la naturaleza, por más que en nuestras manos está el poder de destruirlos o modificarlos. El sentido de apropiación, la idea de que están allí para servirnos con exclusividad, es algo nuevo en la historia humana y carece de todo fundamento en la historia natural.

Sin embargo, así como experimentamos un placer estético al admirar una puesta de sol o el mar verde de selvas y bosques cuando los observamos desde alguna montaña, la mente

es capaz de “apropiarse” de la belleza de los árboles considerados individualmente. Además, el hecho de que estos nos brindan diferentes bienes y utilidades los convierte en mercancías y en el sustento de la propiedad privada que excluye de sus beneficios a todos aquellos a los que el Estado no les otorga la categoría de dueños. Recuerdo, hurgando en los archivos, que encontré un informe de los abusivos españoles, y mestizos después, quienes herraban los árboles frutales silvestres para que los indígenas sorprendidos por las nuevas leyes, civiles y eclesiásticas no se aprovecharan libremente de ellos.

Contradice la vida humana la hostilidad hacia los árboles mostrada por la mayoría de las personas. He visto la barbarie, la insensatez y el idiotismo mostrarse en la tala de árboles. Gigantes que adornaban y sombreaban una plaza o un parque públicos que fueron derribados; valles, colinas y cerros convertidos en páramos, ahora no por las antiguas hachas (que también hicieron lo suyo), sino por sierras de cadena o gigantescas máquinas que pueden liquidar a un coloso centenario o bicentenario en minutos o segundos.

Narro una experiencia amarga. Hace algún tiempo, heredé un pequeño terreno a la orilla del río Basúchil en donde pretendía construir una casa. Delimité el solar donde esta se alzaría, mil metros cuadrados quizá y en su derredor planté una hilera de álamos canadienses. Pasó el tiempo y, sea por angas o mangas, no estuve en



condiciones de proseguir con el ambicioso proyecto. Los dichosos álamos se ensancharon y crecieron hasta las nubes, transformando el sitio en un bosquecillo hermoso y acogedor.

Pero el terreno pasó a otro dueño y las leyes de la propiedad privada se impusieron. Consideró que le estorbaban o que su madera era más provechosa convertida en tablas o leña. En un santiamén acabó con el bosque, sacando hasta los tocones. Cuando divisó desde la carretera el terreno rapado, sigo experimentando decepción y escozor en el alma.

Empiezo el recuento con una lila centenaria todavía enhiesta, cuyo ramaje ocupaba buena parte del patio de la casa, justo a un lado del sitio donde se encontraba la noria, infaltable en los hogares de San Isidro, el pueblo chihuahuense donde nací y crecí hasta mis trece años. Se extendía desde el tronco un grueso brazo casi horizontal, del que pendía un columpio fabricado con una soga de ixtle (*ixtli*, pronunciado *ichtli*, en su náhuatl original) de aquellas usadas en toda clase de menesteres, pero de manera principal para enjaezar a mulas y caballos, de tiro o de silla. En un extremo, mi padre había fijado una tabla que servía de asiento. Primos y amigos pasamos infinidad de tardes en el rudimentario columpio. Me causaba placer abrazar el tronco y luego escalar como chango hasta las ramas de la cima a pesar de las prevenciones de mi madre. A ese árbol está ligada mi primera infancia.

En la calle, estaban las acacias, más vetustas todavía, pues ya estaban allí (y siguen en el sitio), contaba mi abuelo, cuando él era niño. Su madera es dura, tanto que con ella fabricaban los antiguos carreteros las mazas a las cuales unían los rayos de las ruedas. No existiendo los baleros o cojinetes, resistían la fricción del eje por largos años. También su madera servía bien para labrar con hachuela y cuchillo los *bats* empleados en el baseball. Por mi parte, de unos troncos secos, fabriqué una gruesa cubierta de una gran mesa multiusos, que adorna la estancia de la casa. Lleva setenta y ocho insertos de cedrillo rojo, uno por cada año de los ajustados cuando terminé el trabajo.

Antes de comenzar a construir la casa, plantamos los árboles en el jardín. Eran al inicio doce y sobreviven nueve. Comienzo por el más cercano a la puerta del comedor. Es un ciruelo esbelto con hojas oscuras que en otoño se tornan rojizas. No es de gran tamaño, a pesar de sus bien cumplidos doce años, y produce unas frutas guindas, brillantes y antojables, de sabor agridulce. Si no se distingue por lo apetitoso de sus ciruelas, sí lo hace por el colorido con el cual abona la belleza del conjunto. Tiene de vecino a otro de su misma especie, este es frondoso y gigante, hace tiempo muestra orgulloso sus copas por encima de los techos altos —como siempre me han gustado— y se le puede ver desde la calle. No tiene un color extraordinario, es de un follaje verde simple, diríamos así. Salvo años excepcionales, entrega



unas ciruelas verdes teñidas de rojo de una dulzura incomparable, tal que, si uno no es capaz de poner un alto, pueden llevarlo a una indigestión.

Enseguida se levanta uno de los dos perales. Árboles para mí extraños. Son altos, tanto que se asemejan a cipreses o álamos. En septiembre exhiben unas peras también curiosas: enormes, densas, más redondas que alargadas y fuera del alcance de quienes carecen de una buena dentadura. A cambio, compensan el no estar presentes en las canastas donde se ofrece la variedad que suelen tener las mesas de las cocinas en México, con el deleite de su sabor cuando son envasadas, agregando el encanto de verlas al través del cristal. Son generosas, pues con dos de ellas, Dinorah completa un frasco ordinario.

Hay un manzano sobreviviente de dos hermanos, uno de los cuales pereció por causas que luego explicaré. Está plantado en tierra fértil y clima apropiado, como que en este pueblo sus ancestros datan por lo menos de dos y medio siglos. Las más de las temporadas rinde cosecha, pero como a veces no se completa el desahije de las manzanas, estas se arraciman y compiten entre sí, con el resultado de que se queden pequeñas. De cualquier manera, son jugosas y se comen con placer. Debo hablar también de los ausentes. Había un membrillo que solo por mi impertinencia se trajo aquí. Se mantuvo valiente y de pie por unos años, pero extrañó el clima desértico de donde proviene, así que fue desfalleciendo hasta secarse.

Otra muerte que nunca he dejado de lamentar es la de una nectarina, por el sublime sabor de sus frutos, redondos y sonrosados. Le atacó una enfermedad terrible, pues en la base oculta del tronco se formó una sustancia viscosa que lo adelgazó y terminó por liquidarlo en menos de un mes. El mismo padecimiento sufrió un durazno contiguo y pariente genético. Con fortuna, en este caso descubrimos un remedio a tiempo, simple y barato: los microorganismos que formaban la especie de gelatina y consumían el tronco no resistían el efecto de la cal. Así que, si no todos los años, disfrutamos de los duraznos, una de mis frutas predilectas.

En una de las esquinas del jardín crece un gigante de la misma edad que el resto, pero con un tronco tan grueso que casi dobla al que le sigue. Es un nogal que superó el vaticinio de un amigo, quien aseguraba: “no prosperará en estas tierras frías”, donde las primeras heladas llegan en octubre y se alargan hasta abril. Pues no. Una primavera vimos cómo se le secaron las ramas altas, pero triunfó y, cuando cumplió una década, comenzamos a comer nueces. Temía que la corpulencia de este gigante haría la vida imposible a los apretujados habitantes cercanos. Hasta ahora, solo un sacrificio hubo que hacer: el de un manzano que languidecía a la sombra del coloso.

Dejé para lo último a una higuera, que también padeció el frío unas madrugadas y perdió casi todas sus ramas al grado que ya la daba por fallecida. Sin embargo, renació y se aco-



modó como en su casa en un recoveco que forman las paredes de adobe cubriéndolos como si fuera una densa enredadera. Es tardía y, mientras en Ciudad Juárez ya prosperan las famosas brevas, en Pascual Orozco no hay ni siquiera muestras. Sin embargo, en septiembre y octubre quedamos satisfechos a plenitud. Al final de una temporada, por la tarde ya fresca y disfrutando de un café y tomando apuntes de un libro interesante en el jardín, miré a una parvada que se metió literalmente en la higuera. Tal vez estos pájaros habían sido convocados a una asamblea o festín de la cosecha. Estaban ocultos, pero delataba su presencia el constante movimiento de las anchas hojas. No quise interrumpir el jolgorio que tardó un buen rato. Al final, cuando se marcharon en algarabía, me abrí paso entre las caprichosas ramas y encontré todavía un dulce higo, completo y solitario, que mastiqué con calma allí mismo.

En una asociación mental, me ha dado por encontrar parecido a las higueras con ciertas personas con quienes nunca se sabe a dónde irá a parar la conversación, pues se comienza un tema y a los pocos minutos ya se avan-

za en otro u otros dos. Así son las ramas de la higuera: nacen del tronco o de otras más gruesas, pero nadie sabe qué rumbo tomarán con sus curvas imprevistas y caprichosas. El símil me ha llevado a elaborar una rudimentaria y nueva categoría de individuos: “los hombres o mujeres higuera”.

Otro, distinguido por su corpulencia, es un chabacano. Este, de plano, no es de una variedad que se acople al clima de aquí. No da frutos, porque se aferra, insensatamente, a florecer en el mes de febrero, brindando un bello y ruidoso espectáculo por los millares de abejas que atrae en pleno invierno. Pero libra una batalla perdida. Aún tendrían que aguantar sus pétalos y minúsculos brotes otros dos meses de posibles auroras gélidas, por lo menos. No da frutos, pero sí abundante sombra, y no hay a quien no le complazca la vista, sea en verano o en invierno.

Dejo aquí el escrito para guardar consideración al espacio, pues se extiende por muchas páginas, tratando de abarcar mis experiencias y trato con los árboles en diferentes épocas y lugares donde ha transcurrido mi existencia, larga y fugaz a la vez, según se mire.

